

¡CUIDADO!

UNA DEUDA DEL COGITO. DA QUE PENSAR

BEWARE!

A DEBT OF THE COGITO. IT GIVES THOUGHT

Patxi Lanceros

Universidad de Deusto (Bilbao)

Resumen: *En la línea insistentemente explorada por Andrés Ortiz-Osés de una razón afectiva, o co-razón, se interroga aquí el sentido del cogito. Habitados a la interpretación moderna, a partir de la lectura de Descartes, se produce una identificación del cogito con el pensamiento o la razón convertidos en cálculo. Identificación que ya fuera denunciada por Pascal y severamente cuestionada por Heidegger. Con ayuda de algunos textos literarios –del legado de la lírica galaico-portuguesa– se ensaya aquí una lectura alternativa del cogito.*

Palabras clave: *cuidado, razón, pensamiento, cogito, afecto, poesía.*

Abstract: *In the line insistently explored by Andrés Ortiz-Osés of an affective reason, or co-reason, the meaning of the cogito is questioned here. Accustomed to the modern interpretation, starting from the reading of Descartes, there is an identification of the cogito with thought or reason converted into calculation. This identification was already denounced by Pascal and severely questioned by Heidegger. With the help of some literary texts –from the legacy of the Galician-Portuguese lyric– an alternative reading of the cogito is tested here.*

Keywords: *care, reason, thought, cogito, affection, poetry.*

No parece discutible que el gesto fundador de la racionalidad moderna (o acaso uno de ellos, pero enfático) es el que ha servido, a menudo, para resumir la filosofía cartesiana: “*Cogito ergo sum (Je pense, donc je suis)*”. Ahí, en ese sintagma bilingüe¹, se hallaría la base de un racionalismo hiperbólico que se ha impuesto, a la postre, en la filosofía (y quizá no sólo en ella), así como la causa, o mera ocasión, del despliegue de una subjetividad que, en sus sucesivos (y diversos) desarrollos, habría segregado objetividad circundante configurando el eón moderno (y aun persistiendo, o radicalizándose en la coda posmoderna).

Cierto es que el gesto cartesiano ha recibido contestaciones. No sé si respuestas adecuadas. Muy pronto, las que proceden de la filosofía de Pascal (episodio al que volveremos en más de una ocasión a lo largo de este ensayo); más tarde, las que arraigan en los varios romanticismos, o en los diferentes irracionalismos.

Cierto es también que el pensamiento de Andrés Ortiz-Osés confronta, a lo largo de toda su vasta andadura, los racionalismos –no solo los de base cartesiana– en un intento de compensar la unilateralidad de una razón, o de un pensamiento, muchas veces seducidos por el rigor del cálculo: por los modelos de la aritmética y/o de la geometría. Rigor que ignora u olvida dimensiones cruciales de la experiencia individual y colectiva y a las que la filosofía –pensamiento en ejercicio– no puede ser ajena. Porque no se trata de sumar “sentimiento” al pensamiento o “pasión” a la razón, como si los primeros (sentimiento y pasión) adviniesen de un lugar extraño al negociado de los segundos (pensamiento y razón).

“El corazón tiene razones que la razón desconoce”. Así traduce Ortiz-Osés el célebre pensamiento de Pascal: el que conduce, a la postre, a la demanda de una razón cordial: “*co-razón [...] una razón común de cariz afectiva*”². Esa razón común, objeto de indagación pertinaz por parte de Ortiz-Osés, es también el horizonte de estas páginas, en diálogo, igualmente, con poetas y con pensadores, como Heidegger o el propio Pascal, a los que se dedicó con insistencia el filósofo aragonés.

En un célebre paso de su texto *Was heisst Denken?*, del que reproducimos un amplio fragmento, ensaya Heidegger, también tras la estela de Pascal, una restauración del espectro completo del pensar, y una que, además del ánimo y del corazón, introduce el recuerdo, la conmemoración o la memoria

¹ Dejando al margen, que es mucho dejar, la parte final del enunciado, de los enunciados (*ergo sum / donc je suis*), ¿Dice lo mismo *cogito* que *je pense*? La cuestión, la traducción incompleta, la traducción imposible, será importante en lo que sigue; aun sabiendo, como se indicará oportunamente, que el “sintagma bilingüe” dilata el tiempo y di-vierte el modo de aparición.

² Véase: <http://www.redescristianas.net/las-razones-del-corazonandres-ortiz-oses/>. Ya desde el mismo título de un libro, reclama Ortiz-Osés la expresión como clave del sentido simbólico; de su completa filosofía, vale decir: *Co-Razón. El sentido simbólico*, MRA, Barcelona, 2003.

(*Andenken, Gedächtnis*) y la gratitud (*Dank*), palabras, todas ellas, relacionadas en lengua alemana:

A lo pensado y sus pensamientos pertenece la gratitud. Pero quizá las coincidencias de las raíces alemanas en las palabras “pensar” (*denken*), “memoria” (*Gedächtnis*) y “gratitud” (*Dank*) sea una sugerencia meramente externa y artificial. En cualquier caso, con ello de ningún modo reluce todavía lo nombrado con la palabra “pensar”.

¿Es pensar un agradecer? ¿Qué significa aquí agradecer? ¿O diremos que la gratitud descansa en el pensar? ¿Qué significa aquí pensar? ¿Es la memoria solamente un receptáculo para lo pensado del pensamiento, o bien el pensar mismo se basa en la memoria? ¿Cómo se comporta la gratitud con la memoria? En cuanto preguntamos así, nos movemos en el espacio de juego de lo hablado, que nos interpela en el verbo “pensar”. Pero dejamos abiertas todas las relaciones entre las palabras mencionadas: “pensar”, “pensado”, “gratitud”, “memoria”, y vamos a preguntar en el terreno de la historia de las palabras. Esta nos da una indicación, por más que la exposición de esa historia en la ciencia histórica sea todavía incompleta y posiblemente haya de seguir siéndolo siempre.

Percibimos un indicio de que en lo hablado de los vocablos mencionados suena la palabra en su decir normativo (decisivo) y originario, a saber: el antiguo *Gedanc*³ (“pensamiento”). Pero esa palabra no significa lo que a la postre ha quedado como significación corriente en la significación usual de la palabra “pensamiento” (*Gedanke*). Un pensamiento significa usualmente: una idea, una representación, una opinión, una ocurrencia. La palabra inicial (*Gedanc*) significaba en alemán: el recordar congregado, que lo congrega todo. Esa palabra significaba el ánimo (el *muot*), el corazón. El pensar, en el sentido de lo hablado inicialmente en la palabra mencionada, es casi más originario que aquel pensar del corazón que, en siglos posteriores y ya en oposición al pensamiento matemático, intentaba recuperar Pascal. El pensamiento, entendido en la dimensión de lo lógico-racional, frente al sentido de la mencionada palabra inicial (*Gedanc*) se muestra como un estrechamiento y empobrecimiento del vocablo, en tal medida que estos apenas pueden concebirse mayores⁴.

Estrechamiento y empobrecimiento, pues. El pensamiento, convencionalmente entendido, constituiría una drástica limitación... de sí mismo: del pensar “originario”, del pensar “inicial”, que establece una general y total

³ La palabra *Gedanc* –la nota es nuestra, no de Heidegger– “aparece por doquier en la poesía lírica de los trovadores alemanes con la significación constante de pensamiento amoroso (*Liebesgedanke*), disposición afectiva similar al *intelletto d’amore* dantesco”, como señala José Manuel CUESTA ABAD, *La novena elegía. Lo decible y lo indecible en Rilke*, Madrid, Siruela, 2018, pp. 209 ss.

⁴ El texto de Heidegger, en rigor las lecciones de los años 1951 y 1952 en la Universidad de Freiburg, está editado en Niemeyer Verlag, Tübingen, 1977. Uso la traducción: ¿Qué significa pensar?, Madrid, Trotta, 2013, pp. 129 s.

“congregación”. En el *Gedanc* no se trata sólo de sentimiento y afecto, se trata de una relación integral, o de un “amor” que se expande sin apenas límite⁵.

Resuenan ecos hölderlinianos en el argumento de Heidegger: baste recordar los poemas *Andenken*, *Mnemosyne* o *Patmos*, del poeta suabo (y, efectivamente, los textos en los que Heidegger dialoga con ellos). Es cierto que, más allá de Heidegger, la ampliación –significativa– del pensamiento en la dirección de la gratitud y el recuerdo se ha convertido en una incesante solicitud de la lengua alemana⁶: una, como se ve, que interesa aquí no sólo en la vecindad del pensamiento de Ortiz-Osés, sino en su memoria y como enunciado de gratitud. Pero intentaremos, un poco más adelante, mostrar otras vecindades, de otras provincias lingüísticas, quizá no tan transitadas como la alemana, pero quizá también importantes para el pensamiento; o para una razón afectiva –para otra co-razón– en la que no sólo gratitud y memoria tengan cabida.

De momento, no es ocioso reparar en el hecho de que, si el trabajo sobre los fundamentos y las limitaciones del “*cogito*” –del despliegue de la razón moderna y de su particular interpretación (reductiva) del pensamiento– ocupa a Heidegger con insistencia y sin desmayo (repárese tan sólo en *Holzwege*, importante compilación de textos a la que acudiremos en un instante: allí, la determinación del *cogito* es crucial a la hora de escrutar un concepto de Hegel, de leer una frase de Nietzsche o de dibujar los perfiles de “la época de la imagen del mundo” [*die Zeit des Weltbildes*], es decir, de la propia modernidad), la irrupción de Pascal en la provincia cartesiana y la propuesta consecuente de una “lógica del corazón” parece asaltar fundamentalmente a Heidegger allí donde los poetas –ora Hölderlin, ora Rilke– son los interlocutores privilegiados. Se diría que es precisamente el lenguaje poético el que recuerda una deuda pendiente, o que es precisamente la poesía la que reclama un pensamiento (*cogito*, *denken*, *Gedanke*) no sólo más ambicioso en sus propósitos, sino más fiel

⁵ “En la palabra inicial *der Gedanc* (“el pensamiento”) se deja entrever la esencia originaria de la memoria: la concentración del incesante opinar (*meinen*), todo aquello que conduce a que el ánimo haga acto de presencia. El opinar (*meinen*) se entiende aquí en el sentido de “amor” (*minne*): la inclinación del meditar interior del ánimo a lo que se abre como esencia, una inclinación que no tiene poder sobre sí misma y que, en consecuencia, no ha de realizarse necesariamente por iniciativa propia en su raíz primera. El pensar así tendido (*der Gedanc*) es ya lo que denomina la palabra gratitud (*Dank*). En la gratitud el ánimo recuerda lo que tiene y es. Por tanto, como rememorativo y, en consecuencia, como memoria, el ánimo dirige el pensamiento hacia aquello a lo que pertenece. Se entiende como dependiente, pero no en el sentido de la mera sumisión, sino en el de la devoción oyente. La gratitud originaria consiste en dar las gracias. Solo ahí y a partir de ahí se produce aquel pensamiento que conocemos como retribuir y premiar en el sentido positivo y en el negativo”. *Ibid.* p. 131.

⁶ Paul Celan inicia el “Discurso con motivo de la concesión del premio de literatura de la ciudad libre hanseática de Bremen” (1958) con las siguientes palabras: “Pensar (*denken*) y agradecer (*danken*) son en nuestra lengua alemana palabras de un mismo origen. Quien sigue su sentido entra en el campo de significación de *gedenken* “pensar en, recordar”, *eingedenk sein* “tener presente, guardar memoria”, *Andenken* “recuerdo”, *Andacht* “meditación, recogimiento, oración”. En *Obras completas*, Madrid, Trotta, 1999, p. 497.

a ciertas palabras “iniciales”, a ciertos compromisos “originarios” inscritos en la memoria de la(s) lengua(s).

Así, en *Wozu dichter?* (conferencia-homenaje leída en el vigésimo aniversario de la muerte de Reiner Maria Rilke, acaecida el 29 de diciembre de 1926), afirma Heidegger lo siguiente:

Casi al mismo tiempo que Descartes, Pascal descubre frente a la lógica de la razón calculante, la lógica del corazón. Lo interno y lo invisible del ámbito del corazón no es sólo más interno que lo interno de la representación calculadora, y por ello más invisible, sino que al mismo tiempo alcanza más lejos que el ámbito de los objetos únicamente producibles. Es sólo en la más profunda interioridad invisible del corazón donde el hombre se siente inclinado a amar a los antepasados, los muertos, la infancia, los que aún están por venir⁷.

La “lógica del corazón” dilata o expande las capacidades del pensamiento⁸, ahora más hospitalario, capaz de acoger espacios, tiempos y figuras que no caben dentro del perímetro del *cogito* cartesiano y de sus avatares ulteriores. Antepasados, difuntos, generaciones venideras: figuras que, de una forma u otra (de una forma y otra) han ocupado tanto a Hölderlin como a Rilke y, a su través, se instalan en un horizonte de razón que no solo atiende a las exigencias del cálculo. Figuras a partir de las cuales el pensamiento –la razón– se dispone en el tiempo: memoria y gratitud aparecen como resortes de la *Er-innerung* (interioridad rememorante), invocada una y otra vez en *Wozu Dichter?* como dimensión propi(c)ia de un pensar más originario que es, también o sobre todo, un pensar *par coeur*⁹.

Ahora bien, la pregunta ¿qué significa pensar? –y lo mismo sucede, sin duda alguna, con la pregunta ¿para qué poetas?– no se resuelve tan solo con el recurso a la interiorización rememorante, o al recuerdo y la gratitud. Con ser importantes, esas dimensiones no agotan las “razones del corazón” que la razón no compre(h)ende, ni completan las exigencias de una “razón afectiva”¹⁰, que, además, tal vez pueda explorar otros caminos y otras lenguas; no, desde luego, para sustituir la brillante indagación que se ha hecho desde (y hacia) el idioma alemán, sino para adjuntar otras memorias del pensar-decir, otras palabras, quizá no “originarias”

⁷ M. HEIDEGGER, “Wozu Dichter”, en *Holzwege*, Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1977, p. 282 (“¿Y para qué poetas?”, en *Caminos de Bosque*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 227).

⁸ No en la “versión” de Pascal, en la que, más allá de la axiomática insistencia: “Conocemos la verdad no solamente por la razón, sino también por el corazón”, el contenido de una “razón cordial” tan sólo puede aventurarse, y eso con evidente riesgo. Algunos tramos del riesgo que conlleva explorar la provincia pascaliana y sus varios vericuetos son asumidos por Ortiz-Osés en el artículo citado *supra*. También Heidegger –como se ha indicado– de la mano de poetas como Hölderlin o Rilke, acomete la tarea de amplificar (y profundizar en) el espacio del pensamiento pascaliano, y el ámbito del pensar *tout court*.

⁹ Cf. M. HEIDEGGER, *Holzwege*, p. 285 (*Caminos de bosque*, p. 230).

¹⁰ Cf. A. ORTIZ-OSÉS, *La razón afectiva. Arte, religión y cultura*, Salamanca, San Esteban, 2016.

o “iniciales” (porque, pese a Heidegger, ninguna lo es), a la nómima de descuidos del pensamiento o de olvidos de la razón. Y quizá sea más aconsejable dicha exploración, aunque fuera tan sólo porque la elaboración heideggeriana (y las muy valiosas indicaciones de Hölderlin, Rilke o Celan) son adecuadas, aun sin ser exhaustivas, para el ámbito idiomático alemán (y, con matices, para el inglés), pero deja intacta, entre otras cosas, precisamente la herencia de(l) *cogito*, o la deuda del *cogito*; que no consiente ser trasladado, aunque fuera con harta violencia, al *denken*, o al *Gedanke*, y a su cohorte asociada de gratitud y memoria¹¹.

Cogito, *cogitare* es verbo latino que tiene a su base el verbo *ago* (de la raíz indoeuropea **ag-*, que, con sentido de ‘conducir, guiar’, genera también el verbo griego *ágein*), cuyo significado es mover hacia adelante, poner en movimiento, hacer avanzar, y también dirigir, pro-mover. Incontables y diversas son las ramas semánticas que proceden tanto de la lejana raíz indoeuropea como del prolífico verbo latino; de la acción –o la coacción– a la estrategia, pasando por la agonía, la exigencia, la exactitud, la agitación, el litigio o el castigo, esa fuente se vierte en innumerables meandros.

Agitare, frecuentativo de *ago*, *agere*, con el añadido de disposición conjunta o coordinada que induce el prefijo *co-*, da como resultado *cogitare*: pensar, agitar el espíritu o el ánimo, cabe decir. De hecho, también de *ago*, *agere*, esta vez con el prefijo *cum-*, procede el verbo *cogo* (*cogere*, *coactum*), cuyo significado es reunir, congregar, agrupar, juntar: muy próximo al *légein* griego del que, como se sabe, deriva la palabra *lógos*.

Pues bien, por caída de la *g* intervocálica –usual– y sonorización de las *t*, asimismo intervocálicas y en un proceso asimismo habitual, de *cogitatus*, del participio de *cogitare*, y del propio infinitivo, vienen las palabras españolas ‘cuidado’ y ‘cuidar’ (*coidado* y *coidar*, en galaico-portugués): pensar, prestar atención, asistir, atender, guardar, conservar, pero también com-padecer. Tanto la preocupación como el peligro inminente están presentes en el *cuidar* y en el *cuidado*, es decir, en el *cogito*. Y también de *cogitare* procede presumiblemente, a través de la palabra occitana *coitar*, el verbo que dará en castellano ‘cuitar’ y ‘cuita’ (y en galaico-portugués ‘coitar’ y ‘coita’: una suerte de concentrada, o desesperada, meditación en la que no está ausente el afecto (contrito, en la mayor parte de las ocasiones). ‘Cuitar’ se define en el *Lexicón* de Santiago Segura Munguía como “acuitar, poner en cuita o en apuro, darse mucha prisa; anhelar por alcanzar algo”; y ‘cuita’, a su vez: pena o dolor moral; abatimiento, aflicción, desventura; ansia, anhelo, deseo vehemente. Por lo que el ‘cuidado’ sería el digno de lástima, afligido o desventurado¹². Como se ve y como veremos, el espectro de *cogito* es,

¹¹ Aunque sólo sea porque *cogito* se dice y sólo se deja decir en latín; y porque desde el latín se derrama en las diferentes y diferidas lenguas romance.

¹² Cf. S. SEGURA MUNGUÍA, *Lexicón etimológico y semántico del latín*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2014, *sub voce* (ago y derivados).

ya a partir de la poesía medieval latina y en el comienzo del rastro escrito de las lenguas romance (provenzal u occitano, galaico-portugués, castellano...), mucho más amplio que el cálculo, el peso y la medida; mucho más comprometido con un elenco múltiple y diverso de afectos, que, a su vez, desbordan, seguramente sin ignorarlas, la gratitud y la memoria. Esa carga del *cogito*, mucho antes de que su sentido –drásticamente recortado– fuese establecido para la modernidad por el principio cartesiano, no es “una sugerencia meramente externa y artificial”, por retomar las palabras de Heidegger citadas *supra*. Es decididamente interna, y tan ‘natural’ como puede serlo la evolución de las lenguas. Cuando el *cogito* llega al romance es un pensar complejo, atento, preocupado, afligido: no un trasunto de la aritmética y de la geometría, fundamental sin duda, pero que adviene a través de otras vías de evolución lingüística.

Pues es cierto que la propia palabra ‘pensar’ (no conviene olvidarla cuando de la acción a la que remite se trata), no comparte ni esa etimología ni ese sentido. En español (o en francés, o en italiano), procede del latín *pensare* (de la raíz indoeuropea *(s)pen-: estirar), que significa pesar o calcular, tomar medida(s)¹³. Ahí sí está decididamente presente la suerte de razón que, por vía cartesiana, se instala como hegemónica a partir de cierto momento. Un pensar-medir-calcular, imprescindible, que se aloja cómodamente en el *je pense*, pero que, como se ve, ni contiene ni traduce la compleja trama intelectual –pero también afectiva, también social, también moral– que se condensa en el *cogito*.

Por lo que cabe arriesgar que una especie de guerra civil de significado y sentido puede escrutarse en la doble lección del principio cartesiano ([*ego cogito* / [*je pense*])¹⁴, en el que la limitación pesante, calculante y midiente del *pense* se ve acosada, inquietada, por la agitación –incluso por la agonía– del *cogito*, y de la deuda que *ese cogito* contrae, conlleva y contiene: meditación, también o sobre todo, de la cuita y del cuidado. Por una y por otra parte, o por la colisión que entre ellas se produce, co-razón: co-operación y conflicto.

¹³ De todas formas, la revisión de la medida y del medir, con referencia al ‘medir poético’ y con poco sorprendente recurso a Hölderlin, ocupa también a Heidegger en el texto “Poéticamente habita el hombre...”, en *Conferencias y artículos*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994, pp. 163 ss.

¹⁴ Una guerra civil que, ciertamente, se prolonga en el tiempo, al menos entre 1637 y 1644; y que, como se indicó, al comienzo, se di-vierte en el modo de su aparición. Tras lo que habría que pensar –otra vez pensar– si de una mera traducción se trata. La primera ocurrencia aparece, como se sabe, en francés, y de forma anónima, en 1637: “*Mais, aussitôt après, je pris garde que, pendant que je voulais ainsi penser que tout était faux, il fallait nécessairement que moi qui le pensais fusse quelque chose. Et remarquant que cette vérité: je pense, donc je suis, était si ferme et si assurée, que toutes les plus extravagantes suppositions des sceptiques n’étaient pas capables de l’ébranler, je jugeai que je pouvais la recevoir sans scrupule pour le premier principe de la philosophie que je cherchais*”. En 1644 la decisiva frase crítica se lee en latín en la traducción del *Discours de la méthode pour bien conduire sa raison et chercher la vérité dans les sciences*, debida a Etienne de Courcelles, y en los *Principios de filosofía*: “*Ac proinde haec cognitio, ego cogito, ergo sum, est omnium prima & certissima, quae cuilibet ordine philosophanti occurrat*”. Todo ello plantea diversos problemas de anonimato, autoría, traducción y atribución que no se pueden considerar aquí.

Fijado, en la versión que conservamos, en torno a 1200, el *Cantar de Mio Cid*, se inicia (v. 6) con una *co(a)gitatio*, con una grave y solemne meditación, en la línea que perseguimos: “Suspiro mio Çid, ca mucho habia grandes cuidados”. Esa retirada reflexiva, afligida, tiene en este caso causas “políticas”, o procede de las ‘cuitas’ (volveremos a ellas) que acosan al *condottiero* –seguramente a todos y cada uno de ellos– en una sociedad, una cultura y un estamento de “señores de la guerra”: “¡Esto me han vuelto mios enemigos malos!” (v.9).

Pero es quizá en la lírica (¿para qué poetas?) donde el registro del *cogito* alcanza una mayor hondura afectiva; y una pluralidad de matices que aquí podemos solo indicar de forma esquemática.

Tras las huellas de la lírica provenzal (cantada y escrita en occitano o *langue d’oc*), que se empieza a escribir en torno al 1100, la lírica galaico-portuguesa comienza su andadura ‘gramática’ en el último cuarto de ese mismo siglo¹⁵. Si se mantuviera la superstición de las palabras ‘iniciales’ u ‘originarias’, se podría leer con devoción esa vieja embajada de las lenguas romance *in statu nascendi*. Como no es el caso, bastará con que leamos con atención.

La mención de esa lírica no es ociosa. Reparemos en las siguientes palabras: “Qualesquier deçidores e trovadores destas partes, agora fuesen castellanos, andaluçes o de la Extremadura, todas sus obras componían en lengua gallega o portuguesa”. La afirmación, taxativa, es de Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana en *Carta e Proemio al Condestable de Portugal*, texto incluido por el mismo autor como prólogo al conjunto de sus obras. Quien tan oportunamente lo recuerda es Juan Barja, en la concisa introducción a una magnífica antología de ese continente lírico: *lelia doura*¹⁶, de la que nos serviremos en las breves consideraciones subsiguientes.

El repaso de esos delicados poemas, en el pórtico, o en uno de ellos, de la lírica en lengua(s) romance, arroja, tan sólo por la vía del recuento, un resultado curioso, acaso sorprendente, para el tema que nos ocupa. Esa selección, relativamente breve, recoge veinticuatro alusiones al cuidado (‘coidar’ y derivados) y cuarenta y una referencias a la cuita (‘coitar’ y derivados). El flujo del *cogito* se precipita en cuidado y preocupación, en cuita. Pensamiento, sí, pero pensamiento ejercido en los límites del afecto y entre marejadas de preocupación: reflexión contrita o meditación atribulada.

¹⁵ Véase A. DEYERMOND, *Historia y crítica de la literatura española. Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1994; *Historia de la literatura española 1. La Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1984.

¹⁶ *Lelia doura. Antología de la poesía galaico-portuguesa (siglos XII-XV)*, Madrid, Abada Editores, 2022. La edición, al *cuidado* de Juan Barja, es una impecable selección de tres siglos de lírica en idioma original y escrupulosamente traducida al castellano, cuya influencia se proyecta, como señala Barja, a lo largo de toda la poesía española, y no sólo de ella; contiene además unas breves pero imprescindibles semblanzas de los poetas antologados, así como indicaciones precisas para la intelección de los poemas. Al *cuidado*, hemos dicho: *lelia doura* es, precisamente, un ejemplo de ese *cogito* que, sin desdeñar la medida, no se agota en ella; pensamiento pleno.

*“Ai eu coitada, como vivo
em gram cuidado
por meu amigo
que hei alongado;
muito me tarda
o meu amigo na Guarda”*¹⁷.

El poema es el único que se conserva de Sancho I, o Vello, rey de Portugal, y su fecha de composición es 1198. No es preciso aquí comentar la estructura básica de las *cantigas de amigo*. Interesa tan sólo reparar en la preocupación que se subraya y se resalta a través de las dos transformaciones del *cogito* con las que se inicia el canto y con las que casi se inaugura una forma de pensar, una forma de decir¹⁸: el par *coitada / cuidado* introduce una meditación contenida, una reflexión afligida que se hace cargo del espacio y del tiempo en forma de distancia, que se hace cargo de la persona (amada) en forma de ausencia¹⁹. El pensamiento *coitado-cuidado*, eso es quizá lo fundamental, “se hace cargo”²⁰. Y si sostiene una existencia o da cuenta de ella (*ergo sum / donc je suis*), se trata de una existencia concernida por una multiplicidad de relaciones: personales, sociales, espaciales, temporales... Y de una existencia que se sabe no sólo confirmada, sino amenazada por ese *cogito* pertinaz:

*“Tan graves coitas sufrí,
sofro e atendo sofrer,
que, pois non vos poso ver,
non sei que seia de mi”*²¹.

El poeta, o el poema, ofrecen remanso, o turbulencia, a un *cogito* multiseccional, a un pensamiento que es impulso, que es acción (*ago, agere*) y que es reflexión: sobre todo(s), sobre sí. Un pensamiento que es consciente de su exceso, aunque sea, o porque lo es, exceso de penuria, de ausencia: exceso de defecto. Pensamiento des-mesurado, que deliberadamente se contra/pone a la medida:

¹⁷ “¡Ay, coitada, cómo vivo / tan doliente / por mi amigo / que está ausente! / ¡Cuánto tarda, / ay, mi amigo, en La Guardia!”. Las traducciones, y todas las referencias a los autores, así como sugerencias de interpretación de los poemas, se deben al citado estudio de Juan Barja.

¹⁸ “*Par Deus de cruz, dona, sei eu que have des / amor mui coitado, que tam bem dizedes / cantigas d’amigo. / Par Deus de cruz, dona, sei eu que andades / d’amor mui coitada, que tam bem cantades / cantigas d’amigo*” (*leila doura*, p. 128). El poema de Estevao Coelho es plenamente consciente de la relación íntima entre la *coitada* y la *cantiga de amigo*.

¹⁹ “El motivo del canto del poeta es su temporal separación de la *amiga* –María Pais Ribeiro–, encontrándose lejos de la corte, en La Guardia (hoy Galicia), junto al Miño, donde desemboca en el Atlántico. Como es norma en esta clase de *cantigas*, el poema, aunque escrito por el hombre, está puesto en boca de la amante que espera, nostálgica, al ‘amigo’”. *Leila doura*, p. 209.

²⁰ *Coitado / cuidado* son palabras tan originarias como *Gedanc* o *minne* (evocadas por Heidegger y citadas *supra*): nada. Son palabras que en su deriva retienen significados y sentidos en los que pensamiento y afecto(s) resultan inseparables.

²¹ “Tan graves coitas sufrí / sufro y sé que sufriré / que, pues mi vista no os ve, / no sé qué será de mí”, pp. 192 s.

*“Estos trebellos cantéi
con coita desde aquel día
que mesura demandéi
e eu vi que me falesçía.
Mesura morréi chamando
e dicendo a gran profía
tal trebello, sospirando:
Meus ollos morte son
de vós, meu corazón”²².*

Que el corazón sea el órgano, veintiséis veces invocado en el poemario, no es una sorpresa. En absoluto. De co-razón de trata. De un pensamiento articulado sobre una pluralidad de afectos concentrados, de un pensamiento dispuesto en un complejo sistema de relaciones.

El *cogito* comparece en la lírica galaico-portuguesa (y antes en la lírica provenzal) como una constelación intelectual y afectiva de enorme envergadura. Enclave o abismo de nostalgia, anhelo y distancia; síntesis imposible de ausencias, gestión de espacios y tiempos atravesados de separación o de abandono, de vacío: de una soledad que no es el solipsismo de otro *cogito*: más prosaico, no menos importante, en cualquier caso.

Porque cuando en 1637 la existencia se afirma sobre el (*je*) *pense*, lo hace sobre un sistema de pesos y medidas que ahí, precisamente ahí, inicia su desmesurada hegemonía; cuando en 1644 el *cogito* se despereza en un latín que ya es sólo vehículo de ciencia y no factor de experiencia, cuando el *cogito* se despereza, sonámbulo, en una lengua (casi) muerta saltando siglos de romance, se somete a una estructura alternativa (nacida en otro lugar) a la que se rinde sin lucha, sin cuidado..., y ¿sin remedio?

Quizá no. La deuda del *cogito* da que pensar. Tras los pasos de Pascal, de más de un poeta, de Heidegger..., Ortiz-Osés reivindicó razones afectivas, o co-razón. La lírica galaico-portuguesa, preámbulo de un enorme continente poético, recuerda, desde otro punto de vista, esa deuda.

¡Cuidado!

Patxi Lanceros
Universidad de Deusto
Avenida de las Universidades 24
48007 Bilbao
patxi.lanceros@deusto.es

²² “Tales trabajos canté, / cuitado, desde aquel día / en que mesura imploré / y vi que me fallaría. / Muero mesura clamando / y diciendo a gran porfía / mis trabajos, suspirando: / *Mis ojos la muerte son / de vos, jay, mi corazón*”, pp. 188 s.